

Garay no entrase allí, pues ya lo habían echado una vez de aquella costa. Hircio requirió los indios á su amistad, para que se diesen al Emperador. Cualpopoca, señor de Nahutlan, ó cinco villas que agora llaman Almería, envió á decir á Pedro de Hircio cómo él no iba á darle obediencia por tener enemigos en el camino; mas que iría si le enviase algun español para le asegurar el camino, pues nadie osaría enojarle. Envióle cuatro, creyendo ser verdad, y porque tenia gana de poblar allí. Entrando los cuatro españoles en tierra de Nahutlan, les salieron muchos hombres con armas al encuentro, y mataron los dos, haciendo grande alegría; los otros dos escaparon heridos á dar la nueva en la Veracruz. Pedro de Hircio, creyendo haberlo hecho Cualpopoca, fué contra él con cincuenta españoles y con diez mil de Cempoallan, y llevó dos caballos que tenia y dos tirillos. Cualpopoca, desde que lo supo, salió con gran ejército á echarlos de su tierra. Peleó con ellos tan bien, que mató siete españoles y muchos cempoallaneses; mas al cabo fué vencido, su tierra talada, su pueblo saqueado, y muchos suyos muertos y cativos. Estos dijeron cómo por mandado del gran señor Moteczuma había hecho todo aquello Cualpopoca. Pudo ser, que tambien lo confesaron al tiempo de la muerte; mas otros dijeron que por excusarse echaban la culpa á los de Méjico. Esto escribió Pedro de Hircio á Cortés á Chololla, y por estas cartas entró Cortés para prender á Moteczuma, segun ya se dijo.

Cómo Cortés echó grillos á Moteczuma.

Antes que los llevasen á la hoguera, dijo Cortés á Moteczuma cómo Cualpopoca y los otros habían dicho y jurado que por su aviso y mandado mataron los dos españoles; y que lo había hecho muy mal, siéndole tan amigos y sus huéspedes; y que si no tuviera respecto al amor que le tenia, que de otra suerte pasara el negocio; y echóle unos grillos, diciendo: «Quien mata, merece que muera, segun ley de Dios.» Esto hizo por ocuparle el pensamiento en sus duelos y dejase los ajenos. Moteczuma se puso como muerto, y recibió grandísimo espanto y alteracion con los grillos, cosa nueva para rey, y dijo que no tenia culpa ni sabia nada de aquello. Y así, luego aquel dia mesmo, ya que la quema fue hecha, le quitó Cortés los grillos, y le acometió con libertad para que se fuese á palacio. Él quedó muy gozoso en verse sin prisiones, y agradeció el comedimiento, y no quiso irse, ó porque le pareció, como ello debía ser, todo palabras y cumplimiento, ó porque no osaba, de miedo que los suyos no le matasen en viéndole fuera de españoles, por haberse dejado prender y tener así; y decía que si se iba de allí le harian rebelar, y matar á él y á sus españoles. Hombre sin corazon y de poco debía ser Moteczuma, pues se dejó prender, y preso, nunca procuró soltura, convidándole con ella Cortés y rogándole los suyos; y siendo tal, era tan obedecido, que nadie osaba en Méjico enojár á los españoles por no enojarle; y que Cualpopoca vino de setenta leguas con solo decirle que el señor le llamaba, y con mostralle la figura de su sello, y que muchas leguas aparte hacian todos todo lo que queria y mandaba.

De cómo envió Cortés á buscar oro en muchas partes.

Tenia Cortés mucha gana de saber cuán léjos llegaba el señorío y mando de Moteczuma, y cómo se habían con él los reyes y señores comarcanos, y allegar alguna buena suma de oro para enviar á España del quinto al Emperador, con entera relacion de la tierra y gente y cosas hechas; y por tanto, rogó á Moteczuma le dijese y mostrase las minas de donde él y los suyos habían el oro y plata. Él dijo que le placía, y luego nombró ocho indios, los cuatro plateros y conocedores del minero, y los cuatro que sabian la tierra á do los queria enviar; y mandóles que de dos en dos fuesen á cuatro provincias, que son Zuzolla, Malinaltepec, Tenich, Tututepec, con otros ocho españoles que Cortés dió, á saber los rios y mineros de oro y traer muestra dello. Partiéronse aquellos ocho españoles y ocho indios con señas de Moteczuma. A los que fueron á Zuzolla, que está ochenta leguas de Méjico y son vasallos suyos, les mostraron tres rios con oro, y de todos les dieron muestra dello, mas poca, porque sacan poco, á falta de aparejos é industria ó codicia. Estos, para ir y volver, pasaron por tres provincias muy pobladas y de buenos edificios y tierra fértil; y la gente de la una, que se llama Tlamacolapan, es de mucha razon y mas bien vestida que la mejicana. Los que fueron á Malinaltepec, setenta leguas léjos, trajeron tambien muestra de oro que los naturales sacan de un gran rio que atraviesa por aquella provincia. A los que fueron á Tenich, que está el rio arriba de Malinaltepec, y es de otro diferente lenguaje, no dejaba entrar ni tomar razon de lo que buscaban, el señor della, que dicen Coatelicamatl, porque ni reconoce á Moteczuma ni es su amigo, y pensaba que iban por espías. Mas como le informaron quién eran los españoles, dijo que se fuesen los mejicanos fuera de su tierra, y los españoles que hiciesen el mandado á que venian, para que llevasen recado á su capitan. Como esto vieron los de Méjico, pusieron mal corazon á los españoles, diciendo que era malo aquel señor y cruel, y que los mataria. Algo dudaron los nuestros de hablar á Coatelicamatl, aunque ya tenían licencia, con lo que sus compañeros decian, y porque andaban los de la tierra armados y con unas lanzas de veinte y cinco palmas, y aun algunos con de treinta. Mas al cabo entraron, porque fuera cobardía no lo hacer y dar que sospechar de sí, y que los mataran. Coatelicamatl los recibió muy bien, hizoles mostrar luego siete ó ocho rios, de los cuales sacaron oro en su presencia y les dieron la muestra para traer, y envió embajadores á Cortés ofreciéndole su tierra y persona, y ciertas mantas y algunas joyas de oro. Cortés se holgó mas de la embajada que del presente, por ver que los contrarios de Moteczuma deseaban su amistad. A Moteczuma y los suyos no les placía mucho, porque Coatelicamatl, aunque no es gran señor, tiene gente guerrera y tierra áspera de sierras. Los otros que fueron á Tututepec, que está cerca del mar y doce leguas de Malinaltepec, volvieron con la muestra del oro de dos rios que anduvieron, y con nuevas de ser aquella tierra aparejada para hacer en ella estancias y sacarlo; por lo cual rogó Cortés á Moteczuma que le hiciese allí una á nombre del Emperador. Él

mandó luego ir allá oficiales y trabajadores, y dentro de dos meses estaba hecha una casa grande, con otras tres chicas al rededor, para servicio, y en ella un estanque de peces con quinientos patos para pluma, que pelean muchas veces por año para mantas; mil y quinientos gallipavos, y tanto ajuar y alerezos de entre casa en todas ellas, que valia veinte mil castellanos. Habia asimismo sesenta hanegas de centli sembradas, diez de frisoles, y dos mil piés de cacauath ó cacao, que nasce por allí muy bien. Comenzóse esta granjería, mas no se acabó, con la venida de Pánfilo de Narvaez y con la revuelta de Méjico, que se siguieron luego. Rogóle tambien que le dijese si en la costa de su tierra, que está á esta mar, habia algun buen puerto en que las naves de España pudiesen estar seguras. Dijo que no lo sabia, mas que lo preguntaria ó lo enviaria á saber. Y así, hizo luego pintar en lienzo de algodón toda aquella costa, con cuantos rios, bahías, ancones y cabos habia en lo que suyo era; y en todo lo pintado y trazado no parecia puerto ni cala, ni cosa segura, sino un grande ancon que está entre las sierras que agora llaman de Sant Martin y Sant Anton, en la provincia de Coazacoalco, y aun los pilotos españoles pensaron que era estrecho para ir á los Malucos y Especería. Mas empero estaban muy engañados, y creian lo que deseaban. Cortés nombró diez españoles, todos pilotos y gente de mar, que fuesen con los que Moteczuma daba, pues hacia tan bien la costa del camino. Partiéronse pues los diez españoles con los criados de Moteczuma, y fueron á dar á Chalchicocca, donde habían desembarcado, que ahora se dice Sant Juan de Ulúa. Anduvieron setenta leguas de costa sin hallar ancon ni rio, aunque toparon muchos, que fuese hondable y bueno para naos. Llegaron á Coazacoalco, y el señor de aquel rio y provincia, llamado Tuchintlec, aunque enemigo de Moteczuma, recibió los españoles porque ya sabia dellos desde cuando estuvieron en Potonchan, y dióles barcas para mirar y sondar el rio. Ellos lo midieron, y hallaron seis brazas donde mas hondo. Subieron por él arriba doce leguas. Es la ribera dél de grandes poblaciones, y fértil á lo que parecia. Sin esto, Tuchintlec envió á Cortés con aquellos españoles algunas cosas de oro, piedras, ropas de algodón, de pluma, de cuero, y trigues, y á decir que queria ser su amigo y tributario del Emperador de un tanto cada año, con tal que los de Culúa no entrasen en su tierra. Mucho placer hubo Cortés con esta mensajería y de que se hobiese hallado aquel rio; ca decian marineros que del rio de Grijalva hasta el de Pánuco no habia rio bueno; mas creo que tambien se engañaron. Tornó á enviar allá de aquellos españoles con cosas de España para el Tuchintlec, y á que supiesen mejor su voluntad, y la comodidad de la tierra y del puerto bien por entero. Fueron y volvieron muy contentos y ciertos de todo; y así, despachó luego Cortés allá á Juan Velazquez de Leon por capitan de ciento y cincuenta españoles, para que poblase y hiciese una fortaleza.

La prision de Cacama, rey de Tezcucuo.

La poquedad de Moteczuma, ó amor que á Cortés y á los otros españoles tenia, causaba que los suyos no so-

lamente murmurasen, pero que tramasen novedades y rebelion, especial su sobrino Cacamacin, señor de Tezcucuo, mancebo feroz, de ánimo y honra; el cual sintió mucho la prision del tio, y como vió que iba muy á la larga, rogóle que se soltase y fuese señor, y no esclavo. Y viendo que no queria, amotinóse, amenazando de muerte á los españoles; unos decian que por vengar la deshonra del Rey, su tio; otros que por se hacer el señor de Méjico, otros que por matar los españoles; sea por lo uno ó sea por lo otro, ó por todo, él se puso luego en armas, juntó mucha gente suya y de amigos, que no le faltaban entonces, con estar Moteczuma preso, y para contra españoles, y publica que quiere ir á sacar de captiverio á Moteczuma y á echar de la tierra los españoles, ó matarlos é comerse los. Terrible nueva para los nuestros; pero ni aun por aquellas bravuras no se acobardó Cortés; antes le quiso hacer luego guerra y cercarlo en su propia casa y pueblo, sino que Moteczuma se lo estorbó, diciendo que Tezcucuo era lugar muy fuerte y dentro en agua, y que Cacama era orgulloso, bullicioso, y tenia todos los de Culúa, como señor de Culuaean y Olumpa, que eran muy fuertes fuerzas, y que le parecia mejor llevarlo por otra via; y así, guió Cortés el negocio todo á consejo de Moteczuma, y envió á decir á Cacama que le rogaba mucho se acordase de la amistad que habia entre los dos desde que lo salió á recibir y meter en Méjico, y que siempre era mejor paz que guerra para hombre que tiene vasallos; y dejase las armas, que al tomar eran sabrosas al que no las ha probado, porque en esto haria gran placer y servicio al rey de España. Respondió Cacama que no tenia él amistad con quien le quitaba la honra y reino, y que la guerra que hacer queria era en provecho de sus vasallos y defensa de sus tierras y religion; y primero que dejase las armas, vengaría á su tio y á sus dioses; y que él no sabia quién era el rey de los españoles, ni lo queria oír, cuanto mas saber. Cortés tornó á la amonestar y requerir otras muchas veces; y como escuchar no le quisiese, hizo con Moteczuma que le mandase lo que él le rogaba. Moteczuma le envió á decir que se llegase á Méjico para dar un corte á las diferencias y enojos entre él y los españoles, y á ser amigo de Cortés. Cacama le respondió muy agramente, diciendo que si él tuviera sangre en el ojo, ni estaria preso ni cativo de cuatro extranjeros, que con sus buenas palabras le tenían hechizado y usurpado el reino; ni la religion mejicana y dioses de Culúa abatidos y hollados de piés de salteadores y embaidores, ni la gloria y fama de sus antepasados inflamada y perdida por su cobardía y apocamiento; y que para reparar la religion, restituir los dioses, guardar el reino, cobrar la fama y libertad á él y á Méjico, iria de muy buena gana; mas no las manos en el seno, sino en la espada, para matar los españoles, que tanta mengua y afrenta habían hecho á la nacion de Culúa. En grandísimo peligro estaban los nuestros, así de perder á Méjico como las vidas, si no se atajara esta guerra y motin; porque Cacama era animoso, guerrero, porfiado, y tenia mucha y buena gente de guerra; y porque tambien andaban en Méjico ganosos de revuelta para cobrar á Moteczuma, y matar los españoles ó echarlos de la ciudad. Mas remediólo muy bien Mo-

tezcuma, que conociendo cómo no aprovechaba guerra ni fuerza, y que al cabo se había de ensolver todo en él, trató con ciertos capitanes y señores que estaban en Tezcucó con Cacama, que le prendiesen y se lo entregasen. Ellos, ó por ser Moteczuma su rey y estar aun vivo, ó porque le habían siempre servido en las guerras, ó por dádivas y promesas, prendieron al Cacama un día estando con él ellos y otros muchos en consejo para consultar las cosas de la guerra; y en acalles que para ello tenían á punto y armadas, le metieron, y trajeron á Méjico, sin otras muertes ni escándalos, aunque fué dentro en su propia casa y palacio, que toca en la laguna; y antes que le diesen á Moteczuma, le pusieron en unas ricas andas, como acostumbran los reyes de Tezcucó, que son los mayores y principales señores de toda esta tierra, después de Méjico. Moteczuma no le quiso ver, y entrególo á Cortés, que luego le echó grillos y esposas, y puso á recado y guarda. Y á voluntad y consejo de Moteczuma hizo señor de Tezcucó y Culhuacan á Cucuzca, su hermano menor, que estaba en Méjico con el tío y huido del hermano. Moteczuma le intituló y hizo las ceremonias que suelen á los nuevos señores, como en otra parte dirémos; y en Tezcucó le obedecieron luego por mandado suyo, y porque era mas bienquisto que no Cacama, que era recio y cabezudo. Desta manera se remedió aquel peligro; mas si hubiera muchos Cacamas no sé cómo fuera; y Cortés hacia reyes y mandaba con tanta autoridad como si hubiera ganado el imperio mejicano. Y á la verdad, siempre tuvo esto desde que entró en la tierra; ca luego se le encajó que había de ganar á Méjico y señorear el estado de Moteczuma.

La oracion que Moteczuma hizo á sus caballeros dándose al rey de Castilla.

Moteczuma hizo llamamiento y cortes tras la prision de Cacama, á las cuales vinieron todos los señores comarcanos que fuera estaban de Méjico. Y de su albedrío, ó por el de Cortés, les hizo delante los españoles el infrascripto razonamiento.

«Parientes, amigos y criados míos: bien sabeis que há deciocho años que soy vuestro rey, como lo fueron mis padres y abuelos, y que siempre vos he sido buen señor, y vosotros á mí buenos vasallos y obedientes; y así, confío que lo seréis agora y todo el tiempo de mi vida. Memoria debeis tener, que ó vos lo dijeron vuestros padres, ó lo habréis oído á nuestros sabios adevinos y sacerdotes, cómo ni somos naturales desta tierra, ni nuestro reino no es duradero; porque nuestros antepasados vinieron de léjos tierras, y su rey ó caudillo que traían, se volvió á su naturaleza, diciendo que enviaria quien los rigiese y mandase si él no viniere. Creed por cierto que el rey que esperamos tantos años há, es el que agora envia estos españoles que aquí veis, pues dicen que somos parientes, y tienen de gran tiempo noticia de nos. Demos gracias á los dioses, que han venido en nuestros días los que tanto deseábamos. Haréisme placer que os deis á este capitán por vasallos del Emperador y rey de España, nuestro señor, pues ya yo me he dado por su servidor y amigo; y ruégoos mucho que dende en adelante le obedezcais bien y ansí como hasta

aquí habeis hecho á mí, y le deis y pagueis los tributos, pechos y servicios que me sois dar, ca no me podeis dar mayor contentamiento.»

No les pudo mas hablar, de lágrimas y sollozos. Lloraba tanto toda la gente, que por una buena pieza no le pudo responder. Dieron grandes sospiros, dijeron muchas lástimas, que aun á los nuestros enternescieron el corazon. En fin, respondieron que harian lo que les mandaba. Y Moteczuma primero, y luego tras él todos, se dieron por vasallos del rey de Castilla y prometieron lealtad; y así, se tomó por testimonio con escribano y testigos, y cada cual se fué á su casa con el corazon que Dios sabe y vosotros podeis pensar. Fué cosa harto de ver llorar Moteczuma y tantos señores y caballeros, y ver cómo se mataba cada uno por lo que pasaba. Mas no pudieron al hacer, así porque Moteczuma lo queria y mandaba, como porque tenían prognósticos y señales, segun que los sacerdotes publicaban, de la venida de gente extranjera, blanca, barbuda y oriental, á señorear á aquella tierra; y tambien porque entre ellos se platicaba que en Moteczuma se acababa, no solamente el linaje de los de Culúa, mas tambien el señorío; y por eso decian algunos no fuera él ni se llamara Moteczuma, que significa enojado, por su desdicha. Dicen tambien que el mesmo Moteczuma tenía del oráculo de sus dioses respuesta muchas veces que se acabarían en él los emperadores mejicanos, y que no le sucedería en el reino hijo ninguno suyo, y que perdería la silla á los ocho años de su reinado, y que por esto nunca quiso hacer guerra á los españoles, creyendo que le habían ellos de suceder; bien que por otro cabo lo tenía por burla, pues había mas de decisieste años que era rey. Fuese pues por esto, ó por la voluntad de Dios, que da y quita los reinos, Moteczuma hizo aquello, y amaba mucho á Cortés y españoles, y no sabia enojarlos. Cortés dió á Moteczuma las gracias cuan mas cumplidamente pudo, de parte del Emperador y suya, y consolólo, que quedó triste de la plática, y prometió que siempre sería rey y señor, y mandaría como hasta allí y mejor; y no solo en sus reinos, mas aun tambien en los que él mas ganase y atrajese al servicio del Emperador.

El oro y joyas que Moteczuma dió á Cortés.

Pasados algunos días después que Moteczuma y los suyos dieron la obediencia, le dijo Cortés los muchos gastos que el Emperador tenía en guerras y obras que hacia, y que sería bien contribuyesen todos y comenzasen á servir en algo; por ende que convenia enviar por todos sus reinos á cobrar los tributos en oro, y á ver qué hacían y daban los nuevos vasallos, y que diese tambien él algo si tenía. Moteczuma dijo que le placía, y que fuesen algunos españoles con unos criados suyos á la casa de las aves. Fueron allá muchos, vieron asaz oro en planchas, tejuelos, joyas y piezas labradas, que estaban en una sala y dos cámaras que les abrieron; y espantados de tanta riqueza, no quisieron ó no osaron tocarla sin que primero Cortés la viesse; y así, lo llamaron, y él fué allá, tomólo, y llevólo todo á su aposento. Dió asimesmo, sin esto, muchas y ricas ropas de algodón y pluma, tejidas á maravilla; no tenían par en colores y figuras, y nunca los españoles tan buenas las ha-

bían visto; dió mas doce cebratanas de fusta y plata con que solia él tirar; las unas pintadas y matizadas de aves, animales, rosas, flores y árboles. Y todo tan perfecta y menudamente, que bien tenían qué mirar los ojos y qué notar el ingenio. Las otras eran vaciadas y cinceladas con mas primor y sotileza que la pintura. La red para bodoques y turquesas eran de oro, y algunas de plata. Envió tambien criados de dos en dos y de cinco en cinco, con un español por compañía á sus provincias, y á tierras de señores, ochenta, y cien leguas de Méjico, á coger oro por los tributos acostumbrados, ó por nuevo servicio para el Emperador. Cada señor y provincia dió la medida y cantidad que Moteczuma señaló y pidió, en hojas de oro y plata, en tejuelos y joyas, y en piedras y perlas. Vinieron todos los mensajeros, aunque tardaron hartos días, y recogió Cortés y los tesoreros todo lo que trajeron; fundieronlo, y sacaron de oro fino y puro ciento y sesenta mil pesos, y aun mas, y de plata mas de quinientos marcos; repartióse por cabezas entre los españoles; no se dió todo, sino señalóse á cada uno segun era. Al de caballo, doblado que al peon, y á los oficiales y personas de cargo ó cuenta se dió ventaja; pagósele á Cortés de monton lo que le prometieron en la Veracruz; cupo al Rey de su quinto mas de treinta y dos mil pesos de oro, y cien marcos de plata; de la cual se labraron platos, tazas, jarros, salserillas y otras piezas, á la manera que indios usan, para enviar al Emperador. Valia allende desto cien mil ducados lo que Cortés apartó de toda la gruesa, antes de la fundicion, para enviar por presente con el quinto, en perlas, piedras, ropa, pluma, oro y pluma, piedras y pluma, pluma y plata, y otras muchas joyas, como las cebratanas, que, fuera del valor, eran extrañas y lindas, porque eran pesces, aves, sierpes, animales, árboles y cosas así, contrahechas muy al natural de oro ó plata, ó piedras con pluma, que no tenían par; mas no se envió, y todo ó lo mas se perdió, con lo de todos, cuando el desbarate de Méjico, segun que después muy por entero dirémos.

Cómo rogó Moteczuma á Cortés que se fuese de Méjico.

En tres cosas empleaba Cortés el pensamiento, como se veia rico y pujante. Una era enviar á Santo Domingo y otras islas, dineros y nuevas de la tierra y su prosperidad, para traer gente, armas y caballos; que los suyos eran pocos para tan gran reino. La otra era tomar todo el estado de Moteczuma, pues lo tenía á él preso, y tenía á su devocion á los de Tlaxcallan, á Coatlacamatll y Tlaxintlec, y sabia que los de Pánuco y Teoantepec y los de Mechuacan eran enemiscimos de mejicanos, y le ayudarian si menester los hubiese. Era la tercera hacer cristianos todos aquellos indios; lo cual comenzó luego como mejor y mas principal. Que maguer no asoló los ídolos por las ya dichas causas, vedó matar hombres sacrificándolos, puso cruces é imágenes de nuestra Señora y de otros santos por los templos, y hacia á los clérigos y frailes que dijessen misa cada día, y bautizasen; aunque pocos se bautizaron, ó porque los indios tenían recio en su envejescida religion, ó porque los nuestros atendian á otras cosas, esperando tiempo para esto que mejor fuese. El oia misa

todos los días, y mandaba que todos los españoles lo oyesen tambien, pues siempre se celebraba en casa. Mas regaláronse por entonces estos sus pensamientos, porque Moteczuma volvía la hoja, ó á lo menos quiso, y porque vino Pánfilo de Narvaez contra él, y porque tras esto le echaron los indios de Méjico. Todas estas tres cosas, que son muy notables, contarémos por su orden. La vuelta de Moteczuma, como algunos quieren, fué decir á Cortés que se fuese de su tierra si queria que no le matasen con los demás españoles. Tres razones ó causas le movieron á ello, de las cuales las dos eran públicas. Una fué el combate grande y contino que los suyos siempre le daban á que saliese de prision, y echase de allí los españoles ó los matase, diciendo cómo era grande afrenta y mengua suya y de todos ellos, estar así preso y abatido, y que los mandasen á coces aquellos poquitos extranjeros, que les quitaban la honra y robaban la hacienda, cohechando todo el oro y riqueza de los pueblos y señores para sí y para su rey, que debía ser pobre; y que si él queria, bien; si no, aunque no quisiese; que pues no queria ser su señor, tampoco ellos sus vasallos; y que no esperase mejor fin que Cualpopoca y Cacama, su sobrino, aunque mejores palabras y halagos le hiciesen. Otra fué que el diablo, como se le aparecía, puso muchas veces en corazon á Moteczuma que matase los españoles ó los echase de allí, diciendo que si no lo hacia, se iria, y no le hablaria mas, por cuanto le atormentaban y daban enojo las misas, el evangelio, la cruz y el bautismo de los cristianos. El le decía que no era bueno matarlos siendo sus amigos y hombres de bien; pero que les rogaria que se fuesen, y cuando no quisiesen, que entonces los mataria. A esto replicó el diablo que lo hiciese así, y que le haria grandísimo placer; que, ó se tenía de ir él ó los españoles, pues sembraban la fe cristiana, muy contraria religion á la suya, ca no se compadescían juntas entrambas. La tercera razon, y que no se publicaba, era, segun sospecha de muchos, que como son los hombres mudables y nunca permanescen en un ser y voluntad, así Moteczuma se arrepintió de lo que había hecho, y le pesaba de la prision de Cacama, que algun tiempo quiso mucho, y que á falta de sus hijos, le había de heredar, y porque conocía ser como le decian los suyos, y porque le dijo el diablo que no podía hacer mayor servicio, ni sacrificio mas acepto á los dioses, que matar y echar de su tierra los cristianos; y echándolos, que ni se acabaría en él la casta de los reyes de Culúa, antes se alargaria, ni dejarían de reinar sus hijos tras él; y que no creyese en agüeros, pues era ya pasado el octavo año, y andaba en el deciochoeno de su reinado. Por estas causas pues, ó por ventura por otras que no sabemos, Moteczuma apercibió cien mil hombres tan secretamente, que Cortés no lo supo, para que si los españoles no se fuesen diciéndoselo, los prendiesen y matasen. Así que, con esto, determinó hablar á Cortés. Y un día salióse disimuladamente al patio con muchos de sus caballeros, á quien debía dar parte, y envió llamar á Cortés. Cortés dijo: «No me agrada esta novedad; plega á Dios sea por bien.» Tomó doce españoles, que mas á mano halló, y fué á ver qué le queria ó para qué le llamaba, que no lo solia hacer. Moteczuma se levantó á él, to-

mólo de la mano, metiólo en una sala, mandó traer asientos para entrambos, y díjole: «Ruégovos que os vais desta mi ciudad y tierra, ca mis dioses están de mí mal enojados porque os tengo aquí; pedidme lo que quisieredes, y dar vos lo he, porque os mucho amo; y no penseis que os digo esto burlando, sino muy de veras. Por ende cumple que así se haga en todo caso.» Cortés cayó luego en la cuenta, ca no lo pareció que le recibia con el talante que otras veces, puesto que usó con él todas aquellas cerimonias y buena crianza; y antes que el faraute acabase de le declarar la voluntad de Moteczuma, dijo á un español de los doce que fuese á avisar á los compañeros que se aparejasen, por cuanto se trataba con él de sus vidas. Entonces se acordaron los nuestros de lo que les habian dicho en Tlaxcallan, y todos vieron que era menester gracia de Dios y buen corazon para salir de aquella afrenta. Como acabó el intérprete, respondió Cortés: «Entendido he lo que decis, y agradezcovoslo mucho; ved cuándo mandais que nos vamos, y así se hará.» Replicó Moteczuma: «No quiero que os vais sino cuando quisieredes, y tomad el término que os parezca; que para entonces os daré á vos dos cargas de oro, y una á cada uno de los vuestros.» Entonces le dijo Cortés: «Ya, Señor, sabeis cómo eché al través mis naos luego que á vuestra tierra llegamos; y así, tenemos agora necesidad de otras para nos volver á la nuestra; por tanto, querria que llamádes vuestros carpinteros para cortar y labrar madera; que yo tengo quien haga naos; y hechas, nos irémos si nos dais lo que prometido habeis, y decidlo así á vuestros dioses y á vuestros vasallos. Contentamiento grande mostró desto Moteczuma, y dijo: «Sea así.» Y luego hizo llamar muchos carpinteros. Cortés proveyó de maestros á ciertos españoles marineros; fueron á unos pinares, cortaron muchos y grandes árboles, y comenzaron á labrarlos. Moteczuma, que no debía ser muy malicioso, creyólo; empero Cortés hablo con sus españoles, y dijo á los que enviaba: «Moteczuma quiere que nos vamos de aquí porque sus vasallos y el diablo le andan al oído; cumple que se hagan navios; id con estos indios por vuestra fe, y córtese madera harta; que entre tanto Dios nuestro Señor, cuyo negocio tratamos, proveerá de gente y socorro y remedio, que no perdamos esta buena tierra; y conviene mucho que pongais toda dilacion, pareciendo que haceis algo, no sospechen esos mal, para que los engañemos así, y hagamos acá lo que nos cumple. Vais con Dios, y avisadme siempre cómo estais allá, y qué hacen ó dicen esos.»

El miedo de ser sacrificados que tuvieron Cortés y los suyos.

Ocho dias después que fueron á cortar madera, llegaron á la costa de Chalchicoeca quince navios. Las personas que por allí estaban en gobernacion y atalaya avisaron á Moteczuma dello con mensajeros, que en cuatro dias caminaron ochenta leguas. Temió Moteczuma, de que lo supo, y llamó á Cortés, que no temia menos, recelándose siempre de algun furor del pueblo y antojo del Rey. Cuando le dijeron á Cortés que Moteczuma salia al palacio, creyó, si daba en los españoles, que todos eran perdidos, y díjoles: «Señores y amigos, Moteczuma me llama; no es buena señal, habiendo pa-

sado lo del otro día; yo voy á ver qué quiere; estad alerta, y la barba en la cebadera, por si algo intentaren estos indios; encomendáos mucho á Dios, acordáos quien sois, y quien son estos infieles hombres, aborrecidos de Dios, amigos del diablo, con pocas armas y no buen uso de guerra; si hubiéremos de pelear, las manos de cada uno de nosotros han de mostrar con obra y por la propia espada el valor de su ánimo; y así, aunque muramos quedaremos vencedores, pues habrémos cumplido con el oficio que traemos, y con lo que debemos al servicio de Dios como cristianos, y al de nuestro Rey como españoles, y en honra de nuestra España y defensa de nuestras vidas.» Respondieronle: «Harémos nuestro deber hasta morir, sin que temor ni peligro lo estorben; ca menos estimamos la muerte que nuestro honor.» Con esto se fué Cortés á Moteczuma, el cual le dijo: «Señor capitán, sabed que ya teneis navies en que poderos ir; por eso, de aquí adelante cuando mandáredes.» Respondióle Cortés: «Señor muy poderoso, en teniéndolos hechos yo me iré.» «Once navios, dice Moteczuma, están en la playa á par de Cempoallan, y presto terné aviso si los que en ellos vienen han salido á tierra, y entonces sabrémos qué gente es y cuánta.» «Bendito sea Jesucristo, dijo Cortés, y doy muchas gracias á Dios por las mercedes que nos hace á mí y á todos estos hidalgos de mi compañía.» Un español saltó á decirlo á los compañeros, y todos ellos cobraron esfuerzo. Alabaron á Dios, y abrazáronse unos á otros con muy gran placer de aquella nueva. Estando así Cortés y Moteczuma, llegó otro correo de á pié, y dijo cómo estaban ya en tierra ochenta de caballo y ochocientos infantes y doce tiros de fuego; de todo lo cual mostró la figura, en que venian pintados hombres, caballos, tiros y naos. Levantóse Moteczuma entonces, abrazó á Cortés, y díjole: «Agora os amo mas que nunca, y quiérome ir á comer con vos.» Cortés le dió las gracias por lo uno y por lo otro. Tomáronse por las manos, y fuéronse al aposento de Cortés; el cual dijo á los españoles no mostrasen alteracion, sino que todos estuviesen juntos y sobre aviso, y diesen gracias al Señor con tales nuevas. Moteczuma y Cortés comieron solos, con gran regocijo de todos; unos pensando quedar y sojuzgar el reino y gente, otros creyendo que se irian los que no podian ver en su tierra. A Moteczuma le pesaba, segun dicen, aunque no lo mostraba; y un su capitán, viendo esto, le aconsejaba que matase los españoles de Cortés, pues eran pocos, y así ternia menos que matar en los que venian, y no dejase juntar unos con otros; y porque aquellos no osarian llegar, muertos estos. Con esto llamó Moteczuma á consejo muchos señores y capitanes; propuso el caso, y el parecer de aquel capitán. Diversos votos hubo en ello; pero al cabo concluyóse que dejasen llegar á los españoles que venian, pensando que cuantos mas moros mas ganancia, y que así matarian mas y á todos juntos, diciendo que si mataban los que estaban en la ciudad, se tornarian los otros á las naos, y no podrian hacer el sacrificio dellos que sus dioses querian. Con esta determinacion pasaba Moteczuma cada dia con quinientos caballeros y señores á ver á Cortés, y mandaba servir y regalar á los españoles mejor que hasta entonces, pues habia de durar poco.

De cómo Diego Velazquez envió contra Cortés á Pánfilo de Narvaez con mucha gente.

Estaba Diego Velazquez muy enojado de Fernando Cortés, no tanto por el gasto, que poco ó ninguno habia hecho, cuanto por el interés de lo presente y por la honra, formando muy recias quejas dél porque no le habia dado cuenta ni parte, como á teniente de gobernador de Cuba, de lo que habia hecho y descubierto, sino enviádola á España al Rey, como si aquello fuera mal hecho ó traicion; y donde primero mostró la saña, fué en sabiendo que Cortés enviaba el quinto y presente, y las relaciones de lo que tenia descubierto y hecho, al Rey y á su consejo, con Francisco de Montejo y con Alonso Fernandez Portocarrero en una nao; ca luego armó una ó dos carabelas, y las despachó corriendo á tomar la de Cortés y lo que llevaba; y en una dellas fué Gonzalo de Guzman, que después fué teniente de gobernador en Cuba por su muerte; mas como se detuvieron mucho en aprestarla, ni la tomaron ni vieron, y después, como cuanto mas prosperas nuevas y hazañas oyese de Cortés, tanto mas le creciese la saña y mal querencia, no hacia sino pensar cómo deshacer y destruirle. Estando pues en aqueste pensamiento, avino que llegó á Santiago de Cuba Benito Martin, su capellan, que le trajo cartas del Emperador y el título de adelantado, y cédula de la gobernacion de todo lo que hubiese descubierto, poblado y conquistado en tierra y costa de Yucatan, con lo cual se holgó mucho, y tanto por echar de Méjico á Cortés, cuanto por el ditado y favores que el Rey le daba; y así, trajo luego esta armada, que fué de once naos y siete bergantines, y de novecientos españoles, con ochenta caballos, y se concertó con Pánfilo de Narvaez que viniese capitán general della y su teniente de gobernador; y porque mas aína partiese, anduvo él mesmo por la isla, y llegó á Guaniguanico, que es lo postrero della al poniente, donde estando ya para partirse Diego Velazquez á Santiago y Pánfilo de Narvaez á Méjico, llegó el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, oidor de Santo Domingo, en nombre de aquella chancillería y de los frailes jerónimos que gobernaban, y del licenciado Rodrigo de Figueroa, juez de residencia y visitador de la audiencia, á requerir, so graves penas, á Diego Velazquez que no enviase, y Pánfilo que no fuese contra Cortés, ca seria causa de muertes, guerras civiles, y otros muchos males entre españoles, y se perderia Méjico, con todo lo demás que estaba ganado y pacífico para el Rey. Díjoles que si enojo tenia con él y diferencia sobre hacienda ó sobre puntos de honra, que al Emperador pertenescia conocer y sentenciar la causa, y no que él mesmo hiciese justicia en su proprio pleito, haciendo fuerza al contrario. Rogóles, si querian servir al Rey y á Dios primeramente, y ganar honra y provecho, que fuesen á conquistar nuevas tierras, pues habia hartas descubiertas sin la de Cortés, y tenian tan buena gente y armada. No bastó este requerimiento ni la autoridad y persona del licenciado Ayllon, para que Diego Velazquez y Narvaez dejasen de proseguir su viaje contra Cortés. Viendo pues tanta obstinacion en ellos y tan poca reverencia á la justicia, acordó irse con Narvaez en la nao que vino desde Santo Domingo, para estorbar daños, pensando

que lo acabaria mejor allí con él solo que no estando presente Diego Velazquez, y tambien por tratar entre Cortés y Narvaez si rompiesen. Embarcóse con tanto Pánfilo en Guaniguanico, y fué á surgir con su flota acerca de la Veracruz, y como supo que estaban allí ciento y cincuenta españoles de los de Cortés, envió allá á un clérigo, á Juan Ruiz de Guevara y Alonso de Vergara á los requerir que le tuviesen por capitán y gobernador; pero no quisieron escucharle los de dentro, antes los prendieron y los enviaron á Méjico á Cortés para que se informase dellos. Sacó luego á tierra la gente, caballos, armas y artillería, y fuése á Cempoallan. Los indios comarcanos, así amigos de Cortés como vasallos de Moteczuma, le dieron oro, mantas y comida, pensando que era de Cortés.

Lo que Cortés escribió á Narvaez.

Mas que nadie piensa dió qué pensar esta nueva y grande armada á Cortés, antes que supiese cuya era. Por una parte holgaba que viniesen españoles, por otra le pesaba de tantos. Si venian á le ayudar, tenia por ganada la tierra; si contra él, por perdida. Si venian de España, creia que le traian buen despacho; si de Cuba, temia guerra civil con ellos. Parecíale que de España no podian venir tanta gente, y sospechaba que era de las islas, y que debía de venir allí Diego Velazquez, y después de sabido, tuvo otro tanto que pensar, porque le cortaban el hilo de su prosperidad y le atajaban los pasos que traia en calar los secretos de la tierra, las minas, la riqueza, las fuerzas, los que eran amigos de Moteczuma ó enemigos; estorbábale de poblar los lugares que comenzado tenia, de ganar amigos, de cristianar los indios, que era y debía ser lo principal, y cesaban otras muchas cosas tocantes al servicio de Dios y del Rey y á provecho de nuestra nacion. Temia que por desviar un inconveniente se le podian seguir muchos; si dejaba llegar á Méjico á Pánfilo de Narvaez, capitán que venia de aquella flota por Diego Velazquez, estaba cierta su perdicion; si salia contra él, la revuelta de la ciudad y la libertad de Moteczuma, y ponía en condicion su vida, su honra, sus trabajos, y por no venir á estos extremos, arrimóse á los medios. Lo primero que hizo fué despachar dos hombres, uno á Juan Velazquez de Leon, que iba á poblar á Cozacacoalco, para que luego, en viendo su carta, se tornase á Méjico, y dióle noticia de la venida de Narvaez, y de la necesidad que habia dél y de los cient y cincuenta españoles que consigo llevaba. El otro á la Veracruz á traelle razon enteramente y cierta de la llegada de Pánfilo, y qué buscaba y qué decia. El Juan Velazquez hizo lo que Cortés le escribió, y no lo que Narvaez, que como á cuñado suyo, y deudo de Diego Velazquez, le rogaba se pasase á él, por lo cual Cortés lo honró mucho de allí adelante. De la Veracruz fueron á Méjico veinte españoles con aviso de lo que Narvaez publicaba, y llevaron presos un clérigo y á Alonso de Guevara y á Juan Ruiz de Vergara, que habian ido á la villa por amotinar la gente de Cortés, so color que iban á requerirla con cédula del Rey. Lo segundo fué, que envió á fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, con otros dos españoles, á ofrecer su amistad á Narvaez, y si no la queria, á